ELISA VARGASLUGO

INSTITUTO DE INVESTIGACIONES ESTÉTICAS, UNAM

*Francisco Cossío Lagarde**

De ninguna manera podría venir a hablarle, a la sociedad de San Luis Potosí, de los méritos y la importancia de la obra arquitectónica, de restauración y de conservación, que ha desempeñado nuestro querido amigo Francisco Cossío Lagarde, durante más de cincuenta años de ejercer el oficio de arquitecto. Deseo comunicarles en cambio la imagen que de él tenemos quienes vivimos en la capital. Cómo se estableció nuestra relación con él. Cómo valoramos su obra quienes la vemos desde afuera.

Como principio hay que decir que Paco Cossío pertenece a un tipo de prócer cultural —por desgracia cada vez más escaso— empeñado en la conservación inteligente y con sentido patriótico de su ciudad natal, de la misma manera que Federico Sescosse ha trabajado para Zacatecas, Manuel González Galván para Morelia y el desaparecido Juan Duvernard para el estado de Morelos. Todos ellos han luchado con bajos presupuestos y con enemigos muy poderosos, que todos sabemos donde están.

La presencia de Paco Cossío, como persona preocupada por el patrimonio cultural de San Luis Potosí, llegó al seno del Instituto de Investigaciones Estéticas de la Universidad por medio de Francisco de la Maza, ilustre potosino historiador del arte novohispano, maestro de varios de nosotros, primo de Paco Cossío y, como escribió Jorge Alberto Manrique, “el más bizarro defensor del arte colonial”. Sí; el enlace fue Paco de la Maza, al menos en mi caso, es decir, en el de mi generación. Fue en uno de tantos viajes del curso de arte colonial que el doctor De la Maza emprendía a esta ciudad cuando

* Conferencia dictada en San Luis Potosí, el 22 de noviembre de 1996.

conocí a Paco Cossío. En ese entonces, la Casa de la Cultura era un hotel destartalado donde nos alojábamos los alumnos de De la Maza, gozosos de estar en una casa casi fantasmal, cubierta con un manto de polvo y con pisos que rechinaban.

Vinimos a conocer esta hermosa ciudad con el mejor guía del mundo, a través de sus comentarios y de su sonora voz. En muchos momentos de esa excursión, hubo varios diálogos entre los Pacos, que los alumnos escuchamos con atención y comedimiento, como entonces se usaba que fueran los alumnos. Recuerdo vívidamente las copas de vino rojo que nos tomamos en La Lonja, que en aquel entonces conservaba aún mucho de su rancio abolengo.

Para quienes comenzábamos la vida profesional quedó consagrado Paco Cossío como el hombre clave en San Luis Potosí, para los asuntos culturales y de la conservación y protección de las obras de arte; era constante su correspondencia con Paco de la Maza sobre estos problemas. Existen algunas deliciosas cartas de Paco de la Maza hablando de *capuletos y montescos*, cuando se libró una feroz batalla periodística con motivo del intento de asfaltar todas las calles de San Luis. Así pues, gracias a esa fraternal relación *franciscana*, la persona de Paco Cossío fue haciéndose cada vez más presente entre los miembros del Instituto de Investigaciones Estéticas: nos fue conociendo a todos y fuimos estrechando la sólida amistad que hoy nos profesamos.

Por su parte, Paco Cossío ha mantenido siempre al día ese lazo amistoso y académico que nos une. Hemos tenido la satisfacción de contar con él en muchas de nuestras celebraciones académicas; ha asistido a nuestros coloquios, se ha hecho miembro del Comité Mexicano de Historia del Arte y ha procurado la presencia de nosotros en la Casa de la Cultura potosina. Inclusive intentó realizar un proyecto acariciado por mucho tiempo: formar en San Luis un grupo de investigadores de historia del arte, mediante un convenio con nuestro Instituto. Jorge Alberto Manrique, entonces director, aceptó el plan y se trabajó en ello casi un año. Desafortunadamente no se consolidó el proyecto, debido a circunstancias insuperables para ambas partes, pero me interesa señalar la significación del hecho en sí, porque pone de manifiesto un esfuerzo muy loable de Paco por preparar especialistas en la materia, con una visión muy clara de la necesidad que hay de ellos en San Luis y en muchas partes del país.

En Paco hemos tenido siempre un compañero, un gran apoyo cada vez que hemos tenido necesidad de venir a tomar fotografías de las obras que hay en la Casa de la Cultura o de las que se encuentran en los templos o colec-

ciones particulares y hasta en otras poblaciones del estado. Paco siempre nos ha ayudado a abrir esas puertas, que muchas veces resultan impenetrables para los fuereños. Nos ha proporcionado noticias para nuestras publicaciones en la tienda de la Casa de la Cultura, ha acogido fraternalmente a nuestros jóvenes investigadores con la misma atención que por años ha dispensado a todos los universitarios; en una palabra, Paco Cossío ha demostrado que es nuestro colega. Es así como lo consideramos quienes trabajamos en el Instituto de Investigaciones Estéticas.

A sabiendas que los trabajos de arquitectura y restauración efectuados por Paco constituyen un aspecto muy importante de su vida profesional, yo quiero ocuparme en esta ocasión de su obra máxima: la Casa de la Cultura, que este año ha cumplido treinta de feliz existencia. La Casa de la Cultura es su obra más entrañable. Paco es la Casa de la Cultura. Él y su esposa Maya —que Dios goce— la hicieron tan interesante y refinada como es. Paco tiene, como era necesario tener, para lograr lo que es la Casa de la Cultura, un espíritu tenaz, muy generoso y muy valiente.

Yo, que conocí esta casa en ruinas, cuando la vi unos diez años después de mi primer viaje a San Luis, quedé encantada de su transformación. El arquitecto Cossío le había devuelto su grandeza, su aire palaciego, e hizo maravillas para lograr la belleza del jardín, con sólo un jardinero. A lo largo de mis viajes pude ver, casi paso a paso, la transformación que sufrió la casa para convertirse en lo que es ahora: un activo centro de cultura donde escuchar conciertos, conferencias de diferentes especialidades, ver exposiciones, etcétera. Un lugar lleno de objetos representativos de diferentes etapas del arte y de la historia de San Luis y de México, con sus salones de actos y su biblioteca —actualmente muy enriquecida— que desde el principio fue uno de los más importantes objetivos de su director.

A través de este fenómeno de creatividad pude valorar la finísima sensibilidad de Paco Cossío y su impecable buen gusto, y darme cuenta de la magnitud de su amor por las obras de arte de todos los tiempos, así como de su capacidad para reconocer el valor artístico. Casi en cada nueva visita me ha mostrado algo nuevo: una pieza prehispánica, una pintura del siglo XIX, una miniatura, el retrato de algún personaje, un rebozo antiguo, etcétera, explicándome en cada caso —con particular lenguaje— el valor, la significación o la belleza del objeto, por menor que éste pudiera parecer a mis ojos. Todos

los géneros del arte han encontrado cabida en esta Casa, si tienen calidad artística o valor histórico. Pero la labor de este coleccionista no se ha quedado sólo en obtener objetos. Muchos de ellos han necesitado restauración y Paco se ha empeñado también en lograr ese tratamiento, por lo general tan caro, pero indispensable para la adecuada conservación de los objetos.

Para mantener el esplendor y las actividades de la Casa de la Cultura y para aumentar sus tesoros, Paco ha hecho un talentoso despliegue de sus habilidades de convencimiento y así ha logrado préstamos temporales, donaciones, compras, comodatos; las siempre escasas posibilidades económicas no han impedido del todo la compra de algún objeto importante. Estoy segura de que posee un método secreto, sutil y perseverante por medio del cual ha logrado apoyo de las autoridades o facilidades por parte de los particulares, porque una vez que Paco pone el ojo en alguna pieza, lo más seguro es que logre obtenerla para la Casa de la Cultura. Hay que añadir, para finalizar este párrafo, que él ha sido también el museógrafo de esa Casa llena de diversos objetos colocados en combinaciones muy sugerentes.

Y para finalizar del todo, quiero hacer el siguiente comentario. Un día, hace poco, un joven e inmaduro investigador, ávido de cambiar —como muchos jóvenes— todo lo que ven, me decía que creía conveniente, para darle más importancia a las colecciones de la Casa de la Cultura, planificar una museografía con criterio “mas contemporáneo”. Yo le contesté que, sin conocer cual era su idea museográfica, le anticipaba que la Casa de Cultura no es un museo; que es el resultado de una labor global, de años, hecha por un hombre profundamente conocedor de San Luis Potosí y de sus valores culturales; que la Casa de la Cultura de cada ciudad mexicana es un fenómeno particular dado dentro de una comunidad determinada; que en la formación de las casas de cultura queda involucrado el espíritu de la sociedad en donde nacen —son sitios característicos de cada ciudad—, y que este género de instituciones se establecen precisamente en casas de la localidad, representativas de algún rango de la arquitectura local. En todas ellas se han hecho ciertas adecuaciones pero se han respetado al máximo las características arquitectónicas que las distinguen. Sería entonces un gravísimo error intentar cambios drásticos en el aspecto de las salas de exhibición o en la arquitectura de la Casa de la Cultura de San Luis Potosí, para ajustarla a conceptos museográficos contemporáneos ajenos a su diseño y que romperían su unidad. Sería destruirla. Le hice ver que se podrían construir muchos nuevos museos con lineamientos museográficos contemporáneos, pero que no

podría reconstruirse otra casa como ésta. Recuerde usted —le dije— el reciente fracaso que afortunadamente tuvo la idea de que uno de los Museos Bello de la ciudad de Puebla fuera absorbido, por motivos de mantenimiento, por otro museo. En seguida se levantó tronante la voz de la sociedad poblana, para defender ese reducto de cultura poblana, reflejo auténtico de la vida de esa sociedad.

La Casa de la Cultura de San Luis Potosí fue construida por un potosino con el producto de su trabajo en las minas potosinas. Su fábrica constituye un ejemplar único de arquitectura doméstica palaciega, dentro de la moda que —como puede verse en el centro de esta ciudad— predominó por voluntad de la sociedad de finales del siglo pasado y principios de éste y que es representativa del señorío urbano de San Luis. Todo lo que encierra y todo lo que ofrece al público ha sido y es trabajo de potosinos. En suma, la Casa de la Cultura de San Luis Potosí, una de las más bellas del país, es un fenómeno cultural irrepetible que debe ser protegido y apoyado de manera privilegiada por las autoridades y por la sociedad. La obra magnífica de Francisco Cossío es haberla conformado y conservado, abriendo sus puertas a múltiples manifestaciones culturales, para disfrute de quienes vivimos estos tiempos y para herencia de la futuras generaciones. ♣